

del altar. Exhorta á los sacerdotes á celebrar la misa con suma, pureza de corazón y sin ningun designio ó respeto humano; y manifiesta vivos deseos de que en sus conventos se diga cada día una sola misa, para inspirar el más profundo respeto al Santísimo Sacramento. Cuando conoció el Santo que se acercaba su última hora, para mas despojarse de todo, se echó fuera de la cama en la tierra desnuda; y con el rostro sereno levantado al cielo, comenzó á alabar al Señor porque le sacaba de este destierro. Dió la última bendición á sus hijos: hizo que le leyesen la pasión de Jesucristo según San Juan: dijo despues el salmo 141; y al llegar á aquellas palabras, *Saca, Señor, de prisión á mi alma, para que alabe tu nombre: los justos me esperan, para que me des el premio*, entregó su espíritu á 4 de Octubre de 1226, á los 45 años de edad, y 18 de la fundación de la órden. Despues de su muerte se vieron y examinaron cuidadosamente los clavos milagrosos de sus manos y piés, que eran como unos nervios duros, y de una pieza, de modo que apretándolos por una parte salían mas por la otra. Fueron muchos los milagros que obró Dios en el sepulcro del Santo, y dos años despues de su muerte fué canonizado por Gregorio IX.

XII.

En su lugar y sazón se han referido los hechos que tuvieron lugar en la primera cruzada. Resta, pues, que se haga una breve reseña histórica de las otras siete expediciones de la misma índole, dejando así completo el cuadro de la época que nos ocupa. Y para ello será preciso recordar que en otro sitio dióse una lista cronológica de los reyes de Jerusalem, entre los cuales figuraron Fulco de Anjou y Balduino III. Pues bien, las disensiones entre los cristianos, que hicieron agitado el reinado de aquel, y la debilidad de carácter de este, favorecieron de tal modo á los turcos, ya por entonces inquietos y mal avenidos á resignarse á dejar sin venganza las derrotas de los suyos en tiempo de Godofredo y los dos primeros Balduinos, que decidiéndolos á acometer alguna empresa importante, cayeron sobre Edesa, al mando de Nosedino, y se apoderaron de ella en 1146, llegando á amenazar la misma Jerusalem.

No fué necesario mas que la noticia de este hecho para inflamar el santo celo del pontífice Eugenio III quien se apresuró á decretar la segunda cruzada, predicada por el glorioso San Bernardo. A la voz del Papa y á las celosas exhortaciones del monje, Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania disponense á la noble empresa de pelear por la causa de la civilización y de la cristiandad, y con ellos una multitud de grandes señores; pero comienzan su obra bajo malos auspicios, pues en vez de marchar juntos en busca del enemigo, hacenlo separadamente. Parte primero el alemán con tan desdichada suerte que su ejército quedó deshecho antes de llegar á Nicea, por la falta de víveres y por la perfidia de los guías griegos. No mucho despues salió para el Asia Menor el ejército francés que, remediando en lo posible el desastre padecido por los alemanes, da comienzo á la guerra con éxito vario, venciendo á los turcos primeramente, siendo derrotado luego y llegando por fin con las tropas extenuadas, abatidas de espíritu y considerablemente mermadas, á Jerusalem. Desde allí se dirigieron franceses y alemanes reunidos á poner sitio á Damasco, de cuya importante población se hubiesen apoderado sino hubiera acudido oportunamente en socorro de ella el temible Noredino. Este último contratiempo obligó á los dos soberanos de Francia y Alemania á regresar á sus estados, sin ejército y sin esperanzas de vengar los desastres padecidos, ni de salvar la ciudad Santa.

No se verificó empero la caída de esta tan pronto como era de temer porque trabajaba tambien la división á los turcos; mas habiendo conseguido Saladino, en 1185, usurpar los estados del hijo de Noredino, dedicóse á extender estos á costa de los cristianos, y luego de haber derrotado y hecho prisionero en la batalla de Tiberiades, Guido de Lusignan, último rey de Jerusalem, esta y otras importantes ciudades de Palestina cayeron en poder del vencedor. Recibida tan triste nueva, Gregorio VIII y su sucesor Clemente III adoptaron la única medida que en sus manos estaba para poner remedio al mal y contener los peligros que amenazaban, ordenando una nueva cruzada que predicó Guillermo de Tiro, en 1189, y á cuyo frente se pusieron el emperador Federico I, Felipe Augusto, rey de Francia y el de Inglaterra Ricardo Corazón de León. Bien comenzó esta vez la guerra, pues el ejército

aleman que marchó el primero al Asia, derrotó en una batalla á los turcos; pero habiendo muerto Federico repentinamente por consecuencia de un baño que se empeñó en tomar en el Cidno, dividieronse las tropas, volviendo la mayor parte á sus hogares y encaminandose el resto, al mando de Federico de Suabia, hijo del emperador, á socorrer á los cristianos que habian puesto cerco á Tolemaida ó sea San Juan de Acre.

Allí se habian dirigido Felipe Augusto y Ricardo quien se entretuvo en conquistar la isla de Chipre, dejando así llegar primero al francés; pero reunidas al fin todas las fuerzas cristianas en torno á los muros de la plaza, pudieron estrecharla en forma, y bien que divididos en parcialidades y trabajados por rivalidades mezquinas, consiguieron al fin entenderse, apoderarse de la plaza y derrotar á Saladino que con gran golpe de los suyos acudia á socorrerla. Desde este instante, fueron cada vez en aumento las rivalidades y las disensiones entre el monarca de Inglaterra y el de Francia, quien por fin tomó el partido de regresar á su país, dejando solo al primero. Ricardo, luego de haber guerreado algun tiempo en la Palestina, ejecutando actos de valor tan temerario que le grangearon el sobrenombre con que le designa la historia, volvió tambien á sus estados, no sin haber conseguido antes de Saladino una tregua de tres años y tres meses y el permiso para que los cristianos pudiesen visitar libremente la ciudad santa, bajo la única condicion de no llevar armas. Así terminó la tercera cruzada, menos infausta que la anterior, pero muy distante de haber concluido como era de esperar de los esfuerzos y de los sacrificios realizados. Y esta convicción, así como el hecho de haber sido momentánea la division hecha de sus estados y entre sus hijos, por Saladino, pues pronto volvió á crearse un reino único gobernado por el hermano de este, Malek-Adel, con lo cual volvian á renacer los peligros de los cristianos en aquellos países, movieron al gran Inocencio III á decretar y promover la cruzada cuarta, en 1199, de cuya predicacion se encargó Fulco de Neully.

Balduino IX, conde de Flandes, Teobaldo de Champaña, y Bonifacio, marqués de Monferrato, con otros grandes señores, respondieron á la voz del pontífice; aleccionados por la experiencia, decidieron hacer la expedicion por mar y á este fin, pidieron

y obtuvieron las naves necesarias de los venecianos, cuyo dux Dándolo asocióse á la empresa, imponiendo la condicion de que se le prestase auxilio para rescatar de los húngaros la poblacion de Zara, en la Dalmacia, de la cual se habia apoderado. Hizóse así y entonces un particular suceso intervino para desviar á los cruzados de su verdadero objetivo. Cuatro años antes, habia sido destronado y privado de la vista el emperador griego Isaac II, el Angel, por su hermano Alejo III, que le usurpó el trono: pues bien, cuando los cruzados habian tomado ya á Zara fueron solicitados por el hijo de Isaac para que le ayudasen á restablecer en el trono á su padre, alentándoles con promesas tan tentadoras como las de proporcionarles recursos cuantiosos así en hombres como en dinero para su santa empresa, y la tan tentadora como estas de acabar con el cisma que tenia separadas las dos Iglesias. Comprendese que se dejaran alucinar los cruzados, como lo hicieron en efecto, resolviendo marchar sobre Constantinopla, de la que se apoderaron á viva fuerza, devolviendo el trono al lisiado Isaac, aunque realizando con esto una obra poco duradera, pues no hacia mucho que habian partido, cuando Ducas Murtzuffe, explotando habilmente la oposicion que en muchos encontraba el proyecto de terminar el cisma, consiguió destronar nuevamente á Isaac. Mas nuevamente tambien embistieron los cruzados la capital del imperio, y entonces con la idea de fundar algo mas sólido, cuando hubieron entrado segunda vez en Constantinopla, colocaron en el trono al conde de Flandes, Balduino, y nombraron patriarca al veneciano Tomás Morosini. Y ni aun así hicieron cosa de provecho, pues la nueva dinastía fundada por ellos vivió oscura y lánguidamente solo cincuenta y siete años en cuya fecha, reinando Balduino II, se apoderó de Constantinopla Miguel Paleólogo, que dió su nombre á otra dinastía. En cambio quedó por hacer lo principal que era socorrer á los cristianos de la Palestina.

El mismo ilustre pontífice que habia decretado la cuarta cruzada, al ver que esta no podia dar los codiciados frutos, prosiguió incansable en animar á los reyes, á los príncipes, á los grandes, á cuantos podian contribuir á tan noble empresa, para que se decidiesen á emprender una cruzada nueva. No pudo ver el resultado de sus afanes por haberle sorprendido la muerte; mas es lo cierto

que á sus esfuerzos se debió que Andrés, rey de Hungría, Guillermo, de Holanda, y Lusignan, de Chipre, seguidos de gran número de alemanes y bávaros, se encaminasen á Palestina, desde cuyo territorio, donde guerrearon con éxito vario, se trasladaron á Egipto, y dieron allí un golpe al poder musulman, con la toma por asalto, de Damietta, golpe que hubiera podido ser temible, si cegados por la victoria los cruzados, no hubiesen rechazado las proposiciones de paz del sultan Malek-Kamel y resuelto proseguir adelante para atacar el Cairo. Hiciéronlo así; pero el desbordamiento del Nilo y los repetidos é incesantes ataques de los enemigos pusieron al ejército cristiano en una situación tal que hubo de emprender desastrosa retirada y comprar la paz á costa de la devoción de Damietta.

La quinta cruzada, no habia dado, como acaba de verse, ningun resultado aparente. Mas incansables los pontífices en el cumplimiento de sus obligaciones y mas previsores siempre que la generalidad, no solo no se desanimaron, sino que prosiguieron impávidos la línea de conducta que su deber les trazaba. Honorio III decreta la sexta cruzada y Gregorio IX consigue, al fin, excomulgando á Federico II, que este la realice conforme habia prometido. El emperador marchó á Palestina con no muy numerosas tropas, y en vez de pelear, prefiere entrar en tratos con el sultan Malek-Kamel quien en pago de la alianza de aquel, no vaciló en concederle una tregua de diez años, devolviendo á los cristianos varias ciudades de la Palestina entre las que se contaba Jerusalem. Este arreglo disgustó á los musulmanes y no agradó tampoco á los católicos, por cuanto una de las condiciones de la tregua fué la de que en la ciudad santa se habia de conservar una mezquita para los infieles. Y ni aun así se conformaron estos, que apenas espiró la tregua volvieron á apoderarse de Jerusalem: bien que no mucho despues la recobró Ricardo de Cornuailles.

Al ocurrir este último hecho, irritado el sultan Malek-el-Saleh, sucesor de Malek-Kamel, llamó en su auxilio á las feroces hordas de los turcos del Kharismio, para que devastaran la Palestina y recuperasen la tan disputada Ciudad Santa, de la cual, en efecto, se apoderaron, cometiendo allí y en todo el país las crueldades mas atroces y las mayores profanaciones, cuyo relato movió á Inocen-

cio IV, á excitar á San Luis, rey de Francia, para que llevase á cabo la cruzada sétima. El santo monarca que, aquejado anteriormente por una grave enfermedad, habia hecho voto de cruzarse, creyó propicia la ocasión para cumplir este y complacer al Papa; levantó un ejército numeroso, embarcóse con el en Aguas Muertas, arribó á Egipto, y atacando desde luego á Damietta, se apoderó de ella no obstante la obstinada resistencia de sus defensores. Entonces decidió encaminarse al Cairo y por un momento pudo creer que tendria mas suerte que los expedicionarios de la quinta cruzada. Desgraciadamente no fué así: perdida por el conde de Artois que mandaba una parte del ejército, la batalla de Masurah, vióse precisado el monarca francés á emprender la retirada; en esta tuvo la desgracia de caer prisionero del enemigo en la aldea de Minieh y solo devolviendo Damietta á los infieles compró su libertad que se apresuró á emplear en ir á Palestina, poner en paz á los cristianos de allí y fortificar el escaso número de ciudades que á estos quedaban en aquel país, de donde luego regresó al suyo.

No tardaron en llover nuevas desgracias. Invadida la Siria por los Mogoles y pérdidas por los cristianos casi todas las ciudades de la Palestina que cayeron en poder del sultan de Egipto Bibars-Bondochar, al rechazar á aquellos, inflamóse de nuevo el santo celo del monarca francés contra los infieles; dirigióse, pues, en 1270, con un nuevo ejército á Tunez, cuyo rey le prometió hacerse cristiano, mas como no cumpliera su ofrecimiento, los cristianos cercaron la ciudad, con tan mala suerte que se declaró entre ellos una horrible peste á la cual sucumbieron en gran número, figurando entre las víctimas el mismo San Luis, á causa de su sin igual abnegación para atender al socorro de los apestados. Habia contado el monarca con el auxilio de Eduardo de Inglaterra quien habiendo llegado tarde al campamento de Tunez, embarcóse para Palestina y, ya que no otra cosa, logró retardar la total pérdida de esta, obteniendo del sultan Bibars una tregua de diez años. Tal fué el último y bien pobre resultado material de la cruzada octava. Algunos años despues, en 1291, el último baluarte de los cristianos en aquel país, San Juan de Acre, caía en poder de los musulmanes, no sin que durante el sitio, los caballeros de las órdenes religiosas cuya creación se habia debido á las cruzadas, hicieran tales

prodigios de valor que bastaron para ilustrar sus nombres y dar esplendor á las instituciones á que pertenecian. Fué esta última cruzada emprendida espontáneamente por los dos monarcas francés é inglés. Y este hecho que acrecienta el mérito de ambos, no disminuye el de los Pontífices. Ninguno de estos pudo decretarla, porque ninguno á la sazón ocupaba la Sede de San Pedro, vacante largo tiempo entre Clemente IV y Gregorio X, según se ha dicho ya en otro lugar.

Y no se crea que es vana pretension la de recabar para los pontífices la gloria de haber decretado é impulsado la realizacion de las cruzadas, ni ocioso por consiguiente el consignar la causa de que no tuvieran igual intervencion que en las anteriores, en la última de ellas; pues á pesar de que espíritus superficiales ó llenos de malicia y de profunda é impía aversion hacia la Iglesia católica, desconocedores de la realidad de los hechos é incapaces, por ignorancia ó mala voluntad, de profundizar hasta las consecuencias de estos, han tratado de pintar aquellas expediciones como meramente desastrosas, como repetidas y horribles hecatombes sin resultado, los verdaderos críticos, los hombres desapasionados y pensadores, demostrado tienen, en cambio, con la claridad de la luz y la evidencia de la verdad, que pocos sucesos como los de las cruzadas, han dado frutos tan ópimos ni han sido tan beneficiosos para la causa de la humanidad y de la civilizacion. Esto se demuestra con solo considerar que, en el orden político, las cruzadas produjeron ya el gran bien de salvar á Europa de una invasion tan temible, tan sangrienta, tan cruel como lo hubiera sido la de los turcos seldjucidas; que además, en no pocas ocasiones, las cruzadas sirvieron de motivo para suspender ó poner completo término á las guerras internacionales y á las de carácter feudal ó privadas, haciendo que las armas que se empleaban en la destruccion de pueblos civilizados y cristianos, se volvieran contra los infieles y contribuyeran á la obra de esparcir la civilizacion. Y aun también sirvieron para perfeccionar esta dentro de la misma Europa, pues aumentaron el prestigio y la fuerza de la monarquia y la importancia de los municipios, debilitando el feudalismo, fuente de division y de anarquía.

Igualmente beneficiosas fueron estas expediciones bajo el punto


de vista de los intereses materiales, toda vez que merced á ellas no solo aumentaron las relaciones mercantiles con la apertura de nuevos puertos y de caminos nuevos para el comercio, con lo cual adquirió esta una extension hasta entonces no conocida, sino que se introdujeron en Europa varias industrias completamente nuevas en ella, y se perfeccionaron y desarrollaron las antiguas, cuyo movimiento progresivo alcanzó hasta á la misma agricultura, enriquecida con el cultivo de varios é importantes vegetales, desconocidos hasta aquella fecha é importados de las comarcas asiáticas por los cruzados.

Finalmente, en el orden científico y literario, dieron asimismo ocasion las cruzadas á que la medicina, la cirugía, y la química se enriquecieran con nuevos sistemas de curacion y con una multitud de sustancias medicinales y otros preciosos productos ó poco conocidos ó desconocidos antes totalmente; á que las ciencias matemáticas y especialmente el álgebra adquirieran extraordinario impulso con la introduccion de signos, fórmulas é instrumentos nuevos, y á que se ensanchara de modo prodigioso el círculo de los conocimientos geográficos, aumentara la importancia de la historia y se enriqueciera la poesía con nuevas fuentes de inspiracion y con elementos mitológicos y formas igualmente nuevas.

Esto es lo que dice, esto lo que demuestra la historia, severa é imparcialmente hecha, de las cruzadas. Bendigamos, pues, á los que las llevaron á efecto, á los que las predicaron y especialmente á los pontífices que las ordenaron con sabia prevision, con santo celo, cumpliendo sus altísimos deberes en forma tal que les hizo acreedores á la gratitud eterna de la humanidad y á la inmarcesible aureola de gloria que para siempre rodeará sus ilustres nombres. Y detengamonos un momento en este hermoso punto de la historia del pontificado, como en un oasis situado á la entrada del desierto que pronto habremos de pasar, y que está constituido por la traslacion y residencia de la Santa Sede en la ciudad de Avignon, cuyo deplorable hecho ha sido designado por varios escritores eclesiásticos con la gráfica frase de *cautiverio de Babilonia*.

Y ciertamente que no es inadecuada semejante denominacion, si se tiene en cuenta que, no solo los Pontífices abandonaron su natural residencia, por causas en las que influyó todo menos su

espontánea y libérrima voluntad, ya que procedieron así en virtud de la presión de varias y poderosas circunstancias, sino que ya en ciudad francesa, hubieron de sufrir con mayor ó menor resignación, en mayor ó menor grado, la influencia de los soberanos de Francia, perdiendo aquella independencia que tan necesaria es para el ejercicio de su elevado ministerio, y lo que aun es peor, excitando desconfianza y recelo en las demás naciones que los suponían más supeditados aun á los que les hospedaban, de lo que lo estaban en realidad. Tan ruda prueba fué valerosamente soportada por los pontífices que hubieron de padecerla; y Dios que la permitió en sus inexcrutables designios, no quiso consentir que entre los cautivos de Avignon hubiera ni uno solo que, en el terreno del dogma, en el de la fé, en el que más grande importancia tiene para todo católico, incurriese en la menor falta, en la más leve contradicción, y dió á uno de los vicarios de su Hijo en la Tierra la entereza y el acierto suficientes para volver la Sede de San Pedro á la Ciudad Eterna. De donde, según pronto veremos, hasta tan triste período de la historia eclesiástica, merece figurar, bajo los aspectos que acaban de consignarse, entre las *Glorias del Pontificado*.



LIBRO VI

LOS PAPAS EN AVIGNON.
